

perecieron y se dispersaron con aquella lluvia de balas disparadas desde su campo.

Mahomet, obligado á mandar tocar la retirada para no aniquilar su propio ejército, renunció á la conquista de aquella roca, que no abrigaba mas que quinientos hombres y ciento cincuenta mujeres.

« ¿Porqué, exclamó, se ha pronunciado nunca delante de mí el nombre de Scutari, puesto que en él debia sepultarse mi gloria? »

El sitio convertido en bloqueo y confiado á Evrenos-Beg, dió por fin aquellos escombros al sultan por el tratado de paz de 1479 con Venecia. Ya no habia impedimento ninguno para llevar la expedicion contra Rodas.

## XVII

La isla de Rodas, cuyo nombre fenicio significa la isla de las Serpientes, y cuyo nombre griego, que es posterior, significa la isla de las Rosas ó la Rosa de las islas, parece un promontorio avanzado del Asia, que las ruinas del monte Tauro prolongaron en el Mediterráneo y que la mar ha separado por un es-

trecho de diez millas para preservarla de las invasiones y de las tiranías de los bárbaros, dueños tan á menudo de aquel continente. Los griegos atribuyeron esta separacion de Rodas del continente al amor de Helios ó el sol hácia Rodas, hija ó flor de aquel jardin cercado por las olas. Los heliados que nacieron de aquellos amores, fundaron, segun la tradicion, las ciudades y las puertas de la costa vecina de la Cilicia. Largo tiempo libre y republicana, despues poseida por Artemisa, reina de Caria, célebre por el mausóleo que erigió á su esposo, visitada mas bien que conquistada por los persas y por Alejandro, su capital construida sobre una colina que mira de cerca los picos, las nieves y las ensenadas del monte Tauro, esos Alpes del Asia, era famosa por su clima, por sus puertas, por sus buques, por su comercio, y por su coloso de cien codos de altura, por entre cuyas piernas pasaban buques á velas desplegadas. En tiempo de los romanos era la escuela y el museo de la Grecia, la Atenas y la Florencia del Archipiélago. Los cuadros y las estátuas de los artistas de la Grecia formaban parte de su celebridad y sus riquezas. Habian añadido á su nombre el epiteto de monumental. Sus delicias despertaban el deseo de su posesion en los conquistadores; su pequeñez la servia de garantía contra la conquista; su gobierno aristocrático se com-



ponia de un senado que formaban sus príncipes ciudadanos, presidido por un pritanio, especie de regulador electivo y municipal. A beneficio de su complaciente neutralidad contemporizaba con los partidos que habia en Roma.

Constantino, despues de haber trasportado la capital del imperio á Bizancio, agregó Rodas al imperio, la pobló de obispos, la quitó los restos de sus templos para construir con ellos la basilica de Santa Sofía, mosaico de altares y de dioses espulsados por el cristianismo de la imaginacion de los hombres. Los árabes y los turcos, despues de Mahomet II, demolieron á su vez las iglesias del culto de Constantino, para construir en su lugar mezquitas. Los cruzados la tomaron á la vez á los griegos y á los árabes para trocarla entre algunos caballeros alemanes, franceses é italianos, y por último Guillermo de Villaret, gran maestro de la orden de S. Juan de Jerusalem, la conquistó sobre los turcomanos de la Cilicia y se reconoció vasallo de los soberanos de Bizancio.

La isla de Cos, célebre porque en ella nacieron Hipócrates, el Aristóteles de la medicina, y Apeles, el Rafael de los antiguos, siguió con los islotes vecinos las vicisitudes de Rodas. Los caballeros pasaron á cuchillo en aquellas dos islas á todos los hombres en estado de tomar las armas; y los ancianos, los niños,

las mujeres y las vírgenes, fueron exportados y vendidos como botín sobre las costas del Adriático y de la Calabria. En su lugar, llamaron allí poblaciones cristianas. La ciudad de Rodas cercada de muros y fortificada por Villanueva, sucesor de Villaret, se convirtió en arsenal, puerto y cuartel de aquellos religiosos conquistadores. Durante algun tiempo pudieron conservar Esmirna que quitaron á los tártaros de Umurbeg. Los primeros sultanes turcos, enemigos de los tártaros y de los turcomanos, se coligaron á menudo con los caballeros, y les confiaron sobre el mismo continente castillos y ciudades como Halcarnaso. Los tratados de paz y las frecuentes alianzas con Amurat y Mahomet II, engañaban bajo el nombre de armisticios y de treguas, el voto de guerra eterna á los musulmanes que constituia el fondo de aquella institucion caballeresca.

## XVIII

Ya he dicho como Mahomet II, cansado de contemporizar con aquella república cosmopolita establecida al borde de su imperio y que amenazaba sus pose-



siones insulares, había exjido que los caballeros reconociesen su soberanía mediante un tributo, y como el consejo de la orden que ofrecia el *regalo anual* en vez del *tributo*, se había empeñado en disimular el vasallage con la capa del homenaje voluntario.

La hora de la violencia, largo tiempo entretenida por los acontecimientos del Peloponésico, de la Albania, de Trebisonda, de la Crimea, del Danubio y de Venecia, había sonado ya en el corazón vengativo del sultan. Ciento sesenta buques se armaban en silencio en las radas del Bósforo de Constantinopla y de Salónica, y cien mil hombres, al mando de un bajá, se preparaban á embarcarse con destino á Rodas. El gran maestre de Aubusson, de la ilustre casa francesa de los condes de la Marche, en la Auvernia, hombre elejido por la orden, por su nacimiento, su valor, y sus talentos militares en los días de peligro, seguía paso á paso, mediante sus espías, todos aquellos preparativos. Escribió cartas á todos los caballeros de Francia, de Sicilia, de España, de Inglaterra, de Alemania y de Italia, llamándolos de sus encomiendas con sus vasallos para salvar la isla, la institución y la cristiandad, y ellos corrieron á su voz, los unos como cumpliendo con su deber, los otros como si fueran á un martirio, y la mayor parte como si acudieran á un torneo sagrado; último vestigio de

la caballería que se acababa en Europa y que iba á ilustrar sus brazos y sus hombres á la vista del Occidente.

La salida de la espedicion de Mahomet fué precedida de algunas vanas negociaciones en las que se trató de sorprender mutuamente el secreto de las fuerzas respectivas y no de conciliarse; pero estas negociaciones fracasaron. Tres renegados que durante mucho tiempo habían vivido en la isla, y que conocian sus puntos vulnerables, conferenciaron secretamente con Mahomet sobre los medios de subyugar la isla. El uno era un griego noble de la isla de Rodas, llamado Meligallo, que había disipado en su patria cuanto tenia y que trataba de reconquistar una fortuna vendiendo su patria á los turcos; el otro era Demetrio Sofian, griego de Negroponto empleado como negociador y espía por el hijo de Mahomet II, el príncipe *Djem*, gobernador de la Cilicia, encargado por su padre de tratar con los caballeros; el tercero era uno de esos aventureros alemanes sin conciencia y sin patria, llamado *Maese Jorge*, uno de esos ingenieros entendidos en el ataque y defensa de las plazas, que trafican indiferentemente con su oficio con todos aquellos que les pagan y que á la vez reciben sueldo por dos partes. Jorge había habitado en la isla y sus planes fueron adoptados por el sultan.



## XIX

Otro renegado de un nombre mas ilustre habia sido elejido por Mahomet II como general del ejército de mar y tierra contra Rodas, que se llamaba Mesih-bajá. Era un Paleólogo, príncipe de esa casa imperial cuya familia acababa de destronar Mahomet, primo del último emperador Constantino Paleólogo, hombre que ni la religion, ni la sangre, ni la patria ni el honor habian podido retener en el partido de los vencidos. Paleólogo, hecho bajá en premio de su apostasia, rescataba con un celo abyecto, pero habil, y con un valor digno de otro carácter, la culpa de no haber nacido mahometano. El sultan juzgó que los cristianos de Rodas no tendrian un enemigo mas encarnizado para perderlos, que este hombre traidor á la vez al cristianismo, á la familia y á la patria.

Las doscientos velas de Mesih ó *Paleólogo*-bajá se presentaron el 24 de mayo de 1480 sobre la mar de Rodas, entre la isla de Cos y el continente. A bordo iban cien mil combatientes, los cañones que habian arrasado Constantinopla y Scutari, máquinas formi-

dables para abrir las murallas y artilleros servios, albaneses y húngaros para lanzar bombas á larga distancia.

Los caballeros y los habitantes cubrieron las murallas para contemplar sin espanto aquella nube que el viento del norte impelia hácia su isla. Reunidos de todos los puntos de la Europa en aquella Cartago de la cristiandad, alentados por los votos del mundo, sostenidos por las promesas de la religion, aliados con el sultan de Egipto que les suministraba viveres y marineros, en paz con el sultan de Tunez que se habia coligado con ellos contra Mahomet, de acuerdo con los príncipes turcomanos de la Cilicia, sus vecinos y protegidos que disputaban aun la Caramania al príncipe Djem y que amenazaban la costa y el mar, los caballeros se sentian capaces de medirse con un imperio. Su tesoro, compuesto de las inmensas rentas de sus posesiones ó encomiendas en los diferentes Estados de la Europa, y de los despojos de su piratería obligatoria, sobre todas las costas de Africa y de Asia, era inagotable. Muchos de sus grandes maestros ó de sus príncipes electivos habian gastado de aquel tesoro para construir fortificaciones que desafiaban á las flotas sobre el mar y á los ejércitos sobre la tierra. De Aubusson las habia completado construyendo muelles y bastiones que cerraban



el puerto como una primera ciudad, y edificando en el campo castillos inaccesibles, donde los habitantes de las aldeas podían retirarse en seguridad al acercarse los otomanos. En todas las riberas de la isla donde la profundidad del agua permitía que se aproximaran buques ó hicieran desembarcos, se habían establecido baterías armadas de cañones, cuyos fuegos se cruzaban sobre las radas. Una caballería ligera de buenos caballos árabes y turcomanos, podía correr, tan rápidamente como las señales, del centro de la isla á todos los puntos de la circunferencia; por último, en el caso en que los otomanos, por su fuerza numérica entraran en la costa y se apoderaran de la isla, la capital, en su vasto y sólido recinto, ofrecería á toda la población isleña que no pasaba de treinta mil habitantes, un asilo al abrigo del hambre, de la calamidad ó de la muerte.

La ciudad de Rodas, su capital, se halla construida sobre las vertientes de una colina que mira á la mar de Chipre y de Caramania. Las alturas de esa colina, á cuyo resguardo se halla la ciudad, dominan con sus murallas, sus bastiones y sus torres, la campiña pelada que baja hácia el interior de la isla.

Por el lado del mar, dos lenguas de tierra baja se encorvan una hácia otra en sus extremidades para abrazar el puerto. Esos dos promontorios naturales,

cargados de construcciones, primero por los fenicios y los griegos y luego por los árabes y los cristianos, sobre los cuales se fueron añadiendo de siglo en siglo otras construcciones con defensas de bastiones y torres almenadas, presentan en todas sus caras exteriores á la mar murallas de rocas contra las que se rompen vanamente las olas. Su masa, su elevación y grueso las hacia invulnerables á las brechas; dos torreones cuadrados, el uno construido por los árabes y el otro por los cristianos, defienden la entrada estrecha y tortuosa del puerto, que se cierra por medio de una cadena, y que un muelle interior, fortificado también con una torre en su puerta, separa en dos puertos uno militar y otro mercante. Al rededor de estos dos puertos hay muelles estrechos. Las murallas de la ciudad, tan sólidas y tan altas como las del puerto, se elevan aun entre esos muelles y las calles, y únicamente se puede entrar en los barrios interiores de Rodas, por unas bóvedas estrechas y tortuosas practicadas bajo esas murallas que parecen cavernas abiertas en la roca. Los barrios de Rodas, al principio estrechos y oscuros por la sombra de las murallas, se elevan insensiblemente en cuesta suave por una calle mas ancha hácia la cúspide de la ciudad. A la derecha y á la izquierda las antiguas fachadas de las casas de los caballeros de distintos países y



lenguas, muestran sobre sus puertas esculpidas las armas y las divisas de sus dueños. Allí está el monumento heráldico de toda la nobleza de Europa que se ostenta en las piedras de aquel cláustro de la caballería. Subiendo mas se encuentra en una plataforma del terreno, vasta y elevada, el palacio del gran maestre y de los principales dignatarios de la órden, que domina por un lado la ciudad y por el otro el inmenso horizonte del mar de Chipre, y de las montañas de Telmissus sobre el continente.

Fuera de este recinto, cuyas murallas y fosos eran dobles, habia dos arrabales, uno de los judíos y otro de los griegos, que se abrigaban en un terreno llano bajo el cañon de Rodas por un lado, y por el otro bajo el fuerte de la iglesia de Fileremos, construido sobre una segunda colina próxima á la ciudad y que se llama la colina de *Sumbullu* ó de los *Jacintos*, del nombre de estas flores que aun en el dia posee en abundancia.

## XX

A ménos de tres millas de distancia de la colina de los Jacintos, se redondea el monte San Esteban en

promontorios cubiertos de mirtos, y forma en su declive hácia la mar una playa fresca, umbria y húmeda, donde se ven los restos de mármol de un templo de las Musas esparcidos al borde de una hermosa fuente sobre las raices de los plátanos y los cipreses.

Hácia esa playa indefensa dirigió sus velas Paleólogo-bajá siguiendo los consejos de los tráfugas, y allí desembarcó sus cien mil combatientes. Los aldeanos se fugaron á los arrabales y á la ciudad, y el ejército otomano estableció sus tiendas sobre los tres flancos y sobre el promontorio del monte San Esteban, fuera del alcance de los cañones de la ciudad, y fué acercando poco á poco sus baterías hasta la iglesia de Fileremos, desde donde las balas y las bombas podian llover mas allá de las murallas. La flota, despues del desembarco, volvió á subir las márgenes de la isla hácia el Este, dió vuelta á los puertos, y vino á fondear en una ancha rada exterior donde la mar de Siria extiende sus olas amortiguadas sobre un fondo de arena sin profundidad y sin escollos.

## XXI

Los primeros ataques dirigidos por Paleólogo-bajá contra los dos torreones que defendian los dos lados



del puerto, apénas causaron daño á las piedras de granito de que están contruidos. De los tres renegados que dirigian los golpes, dos perecieron á los primeros disparos de la plaza, Sofian de Negroponto y Meligallo de Rodas. El ingeniero aleman Jorge, juzgando, por la inutilidad de sus ataques sobre diferentes bastiones de la muralla por el lado de tierra, que las obras se habian rectificado desde su salida de la isla, y proponiéndose indicar por medio de las señales convenidas á los otomanos las costas en que sus balas harian mas daño en los muros, se metió una noche en una barca y se presentó á los caballeros como un tráfuga arrepentido que queria rescatar su apostasia sirviendo á los cristianos. De Aubusson le recibió con desconfianza; pero la fama inmensa que tenia en el arte de dirigir la artillería y de inventar máquinas de guerra, hizo sin embargo, que aceptaran su arrepentimiento y su socorro como un beneficio inesperado de la Providencia. Limitáronse á darle seis caballeros para que vigilaran sus maniobras; mas al cabo de algunos dias de prueba, creyeron notar que sus baterías no hacian ningun daño á los otomanos, y que las de estos daban de lleno sobre las partes mas débiles del recinto. Por estos indicios le condenaron quizás con tanta ligereza como la que mostraron al recibirle. El consejo de caballeros le mandó ahorcar

sobre una de las torres del puerto para castigar su traicion presumida, y para que Paleólogo-bajá experimentara el terror del fin que les aguarda á los traidores.

## XXII

Paleólogo, sin esperar ya nada mas de la astucia ó del arte, se atuvo únicamente al número y al brio de sus tropas, el mejor arte de los sitios difíciles.

La tierra y el mar se convirtieron durante un mes, de dia y de noche, en dos volcanes que vomitaron diez mil balas contra los muros y tres mil bombas en la plaza. Rodas, sus murallas, sus iglesias y sus palacios, no eran mas que un monton de escombros surcado y nivelado por las trescientas piezas de artillería de Mahomet II. Los once cañones de calibre monstruo que estaban en batería sobre la colina de Fileremos abrieron los bastiones, desmantelaron las torres, cegaron los fosos. El estampido de esos cañones, dicen los testigos oculares, hacia estremecer la mar hasta Cos y Chipre, y las gargantas del monte Tauro le repetian hasta el fondo del golfo de Satalia.



Pero aquellos tiros en vez de aterrar á los caballeros parecian evocar de la tierra nuevos defensores para Rodas: gran maestre, caballeros, soldados, habitantes, mujeres, niños, ancianos corrian á todas las horas del día y de la noche á cubrir con sus cuerpos ó sus obras las brechas que se reparaban en breve, y nuevas murallas, nuevos fosos se elevaban, se abrian y se armaban en una noche detrás de las murallas que se habian hundido y de los fosos que se habian cegado.

« Rodas por el lado del monte Fileremos, dicen  
« los que presenciaron aquel sitio, parecia una tor-  
« tuga inmensa que sin cesar renovaba sus conchas.»

Los turcos agotaban sus municiones, sus invenciones, sus máquinas y sus explosiones de minas, sin avanzar un paso mas allá de la falda de las fortificaciones. A millares caian bajo las piedras que los sitiados echaban á rodar sobre sus cuerpos. Un buzo inglés llamado Roger cortó los cables de un puente movedizo que los turcos construian sobre la mar para alcanzar con las proas de sus buques el muelle de la torre de San Nicolás y poder combatir á pié firme y cuerpo á cuerpo con la guarnicion de la torre, le arrancó de sus anclas y le hizo cambiar de rumbo durante la noche. Llevado á la otra mañana contra los flancos del muelle y cubierto con dos mil genizaros

que plantaban las escalas en la torre, destrozado por las rocas lanzadas desde lo alto de las plata-formas, se rompió, y entre sus restos pereció en el agua toda una columna de sitiadores.

Tres mil turcos murieron en este asalto de seis horas á la vista del bajá. Despues de una tregua de algunos dias, y prévias algunas inútiles notificaciones al gran maestre, un postrer asalto, dado por cien mil hombres por tierra y por mar al mismo tiempo, cubrió al fin las brechas y los muelles de otomanos que ya no tenian mas que bajar á la ciudad abierta por todas partes.

Era el viernes 28 de julio, el mismo dia en que una flota otomana, á las órdenes de Keduk-Ahmed-bajá, desembarcaba en Otranto que debia perecer por el fuego y el hierro, cuando Mesih ó *Paleólogo-bajá*, creyéndose ya dueño de su presa, mandó proclamar imprudentemente en su campamento que los despojos y los esclavos de Rodas pertenecian al sultan y debian reservarlos para él los vencedores. Sus soldados que combatian por el pillage mas que por la gloria, arrojaron sus armas y se negaron á subir sobre las brechas para sostener á los que ya las ocupaban; esta incertidumbre quebrantó el ánimo de los mismos genizaros que se veian abandonados en las brechas, y bajaron maldiciendo la avaricia del bajá. Los caballeros



ocuparon su puesto, y llevando hácia sí las escalas de los turcos, restablecieron las escarpas allanadas con ellas.

El desaliento, el cansancio, las murmuraciones, las sediciones impunes obligaron por fin á Paleólogo-bajá á embarcar otra vez su ejército, que dejó doce mil cadáveres al pié de las murallas. Miéntras alzaba el ancla y desplegaba cuatrocientas velas á los gritos de victoria de los cristianos, el humo de las grandes hogueras en que de Aubusson mandó quemar los cuerpos de aquellos doce mil genizaros se elevaba del monte Fileremos por el cielo, y salian por todas las puertas de la ciudad procesiones triunfales entonando cánticos de libertad en accion de gracias al Señor por la derrota de sus enemigos. De Aubusson acribillado de heridas que habia recibido combatiendo el primero en los asaltos, como Constantino sobre las brechas de Constantinopla, era llevado por sus caballeros en unas angarillas formadas con las armas rotas y las flechas despuntadas de los turcos. Todos los nombres de la nobleza de las diferentes naciones del Occidente, dejaron allí muertos ó conquistaron un nuevo lustre con su sangre en aquella memorable defensa. Su jefe de Aubusson, habia sido el héroe principal entre aquellos héroes de la cruz. ¡Dichoso él si la política desleal de su orden no hubiese empañado des-

pues bajo su nombre la gloria con que la Europa coronó su intrépida bizzarria!

## XXIII

Indignado Mahomet II con un descalabro que atribuyó á Paleólogo, recibió su flota con severidad, destituyó á su general del rango de bajá y le envió á expiar en el humilde empleo de *Sandjak-beg* de Galipoli su falta ó su derrota. Paleólogo esperaba la muerte, pero fuera por indulgencia ó por desden, Mahomet le dejó visir para que alcanzara otra fortuna que despues hubo de sacarle de su desgracia.

El sultan se preparó á borrar con victorias las dos humillaciones que sus armas acababan de sufrir en Scutari y en Rodas. En los primeros dias de la primavera del año siguiente (1441), mandó plantar las colas de caballo sobre la ribera de Asia, entre Scutari y Gebisé, enfrente de su serrallo, que era la señal para que se reuniese el ejército en torno de las tiendas de su amo. Mahomet habia resuelto pasar á conquistar la Siria y quizás el Egipto, contra el sultan del Cairo que habia prestado socorro á sus ene-



migos en la Caramania, en la Persia y en Rodas. De este modo el imperio, que gracias á él, tenia una base profunda por ambos lados del Danubio, una capital central en Constantinopla, un cuerpo robusto en la Caramania, iba á estender sus dos brazos inmensos bajo un solo reinado, el uno hasta la cordillera de las montañas de la Iliria, para abrazar el Adriático y la Italia, y el otro hasta las montañas del Líbano, para abrazar la mar de Chipre y el Egipto. Nunca, en tan pocos años, una tribu conquistadora habia incorporado así treinta naciones en un solo imperio.

Solo la muerte detuvo á Mahomet II en el cumplimiento de este plan, reservado para sus sucesores. Una enfermedad rápida y violenta como su sangre, le cojió bajo sus tiendas á la primera marcha de su ejército que se acampó en un sitio llamado *Pradera del sultan*. El ejército ignoró su muerte durante muchos dias. Los eunucos y los médicos allegados al gran visir motivaron el alto de las tropas en una enfermedad leve del sultan que le obligaba á volverse á tomar baños á Constantinopla.

## XXIV

Durante esa parada, el gran visir Mohammed-Nischani, preparaba el imperio al hijo segundo de Mahomet, Djem ó *Zizim*, el favorito de su padre y la esperanza del visir, en detrimento de Bajazet á quien pertenecia el trono por derecho de primogenitura, pero cuyo reinado se tenia justamente. Sin embargo, para poderse presentar libre de culpa á todo evento, el visir envió á su sumiller Keklik-Mustafá, á Bajazet, gobernador de Amasia, para noticiarle la muerte de su padre y para decirle que pasara á Constantinopla. Keklik-Mustafá tenia orden de perder tiempo en el camino y de dejar el beneficio de algunas horas á una astuta combinacion de acontecimientos. Esta combinacion que debia asegurar el trono á Djem y la muerte á Bajazet, tenia grandes probabilidades de buen éxito, pues Amasia, residencia de Bajazet, se hallaba á nueve dias de camino de Constantinopla, en tanto que Magnesia donde residia Djem á la sazón, estaba solo á cuatro jornadas del campamento. Presentándose ántes Djem á los bajás, á las tropas y al



pueblo bajo los auspicios del gran visir, se llevaria por aclamacion el trono, ántes de que llegara á saber Bajazet la muerte de Mahomet II. Un correo rápido y confidencial llevó á Djem á Magnesia el plan del visir.

Pero un exceso de prudencia perdió á Djem y á su protector. Temiendo que Bajazet llegase el primero á Constantinopla y arrebatase con su presencia el corazon de los genizaros que se habian quedado allí de guarnicion, el gran visir Mahommed les envió la orden de pasar al Bósforo y de presentarse inmediatamente en el campamento de la Pradera imperial. Miéntras ejecutaban esta orden inusitada, salia del campo en direccion á Scutari una litera cerrada con rejas y cortinas, y escoltada por eunucos y guardias, donde decian que iba el sultan enfermo que se mandaba trasportar al baño de su serrallo de Constantinopla. El campamento y el pueblo no sospechaban nada, pero los genizaros descontentos que marchaban hácia la Pradera imperial, se encontraron á la mitad del camino del campo á la mar con la litera imperial, y habiéndose esparcido entre los soldados el rumor de una superchería pérfida, se amontonaron en derredor de la comitiva y pidieron á voces que les mostraran á su emperador. Abriéronse las cortinas y solo hallaron el cadáver de Mahomet II. Al ver aquello,

sospecharon un crimen de Estado, detuvieron la litera, corrieron al campo á llamar á sus camaradas á la venganza, volvieron en tumulto á orillas de la mar, se embarcaron por fuerza en todas las radas pequeñas de la costa de Asia, llegaron en plena sedicion á Constantinopla, saquearon el barrio de los judíos, los palacios de los bajás que creian favorables á la causa de Djem y entraron por asalto en el serrallo y cortaron la cabeza al gran visir á quien acusaban de haber premeditado la usurpacion del trono y la muerte del sultan legítimo, en beneficio de su hermano. El cadáver apénas frio de Mahomet II asistió de aquel modo á la anarquía causada por su muerte, y un interregno sangriento consternó durante algunos dias á Constantinopla sin emperador y sin visir.

## XXV

Sin embargo, el divan, los bajás, los visires y el ejército que al ruido de aquellas sediciones y asesinatos habian vuelto á la capital, se reunen en el serrallo para salvar el imperio entregado á la anarquía